

**Viejas y nuevas formas del
lenguaje político. La guerra y la
paz en el siglo XXI, entre el
cambio anticipatorio y el cambio
catastrófico**

*Exposición en el Seminario “Argentina y España en
tiempos de cambio acelerado” en la Academia
Nacional de Ciencias Morales y Políticas,
coorganizado con la Real Academia Nacional de
Ciencias Morales y Políticas de España.
Buenos Aires, 24/4/2025.*

Viejas y nuevas formas del lenguaje político. La guerra y la paz en el siglo XXI, entre el cambio anticipatorio y el cambio catastrófico

Por el académico **FABIÁN BOSOER**

“Vivimos una época en la que la historia (...) se ha acelerado a un ritmo vertiginoso, (de tal envergadura) que amenaza a la raza humana”.

Así caracterizaba nuestra época el gran historiador Eric Hobsbawm, en su prefacio a *Guerra, paz y hegemonía a comienzos del siglo XXI*, libro publicado en 2004.

Veinte años después, en un clima de época que bien se ha definido como de “mutación civilizatoria”, vivimos *bajo el imperio del aceleracionismo*, corriente de pensamiento que nos habla de la aceleración de los procesos de cambio social, tecnológico y económico, la desestabilización sistémica y la llegada ineluctable de un futuro radicalmente diferente, acaso utópico, acaso distópico. O retrotópico, como lo describiera en su esclarecedora presentación Fernando Vallespín en estas jornadas, citando un concepto de Zygmunt Bauman.

Frente a esta tendencia, que lleva -o acompaña- a los sistemas sociales y las relaciones humanas al borde del estrés y la entropía, me permito introducir estas reflexiones trayendo a colación una estrategia de abordaje propuesta por el filósofo político español Daniel Innerarity, inspirada en una novela del alemán Sten Nadolny titulada “*El descubrimiento de la lentitud*”. Una historia que recrea el contexto cultural de los comienzos del siglo XIX en la figura del investigador y navegante John Franklin.

El audaz marino había desarrollado una estrategia de resistencia contra la implacable corrosión de la vida por la velocidad y la premura angustiosa del mundo. Franklin se

convierte en un estratega que organiza la resistencia contra la velocidad, y contra la sociedad que en ella se basa.

Transforma su lentitud perceptiva en un filtro de reflexión, de tal modo que realmente se hace a fondo con las cosas que entran en su campo de atención. Su premiosidad, en la medida en que le impide una rápida visión de conjunto, le protege igualmente de las acciones precipitadas y de los errores que se siguen de conclusiones superficiales y atropelladas, a la vez que proporciona a su pensamiento una extraordinaria capacidad de sondear el detalle con minuciosa exactitud.

La lentitud reflexiva del moderno aventurero, concluye Innerarity -y nos deja pensando- es condición *“para que la reflexión se ponga al servicio de la vida, impidiendo la desesperación no razonable o la huida precipitada hacia la catástrofe”*.

Con esta estrategia (que podríamos llamar “de resistencia y observación atenta”), que nos invita a desacelerar la marcha por un instante. En el torbellino de los acontecimientos -acicateados por este “salto al futuro” que nos plantean los avances científico-tecnológicos- y a la vez de regreso del pasado, -bajo lo que Natalio Botana ha definido como una “tormenta reaccionaria”

que se expande por el mundo occidental y Andrea Rizzi define como “la era de la revancha”.

Con el privilegio -y la responsabilidad- que nos da un marco académico e institucional como éste que hoy compartimos, propongo volver por un instante a las preguntas primigenias sobre el lugar del lenguaje y la naturaleza de lo político y de la política.

Volver por un instante a las cuestiones que surgen de aquella pregunta original de Heidegger: *¿Por qué es en general el ente y no más bien la nada?* Interrogante que Hannah Arendt planteó en otros términos: *“Por qué existe alguien y no más bien nadie?”*

Y desde ese punto de partida podemos agregar: ¿Por qué sería “lo normal” la sociedad civil y no más bien el estado de naturaleza?

¿Por qué sería el contrato social y no el “hombre lobo del hombre”, el estado natural del hombre que lo lleva a una lucha continua contra su prójimo?

¿Y por qué las conjunciones Yo y Tu, Nosotros y ellos, antes que la distinción amigo/enemigo?

¿O la persistente y cotidiana preocupación por la coexistencia pacífica y la dignidad humana antes que la amenaza latente y permanente de la guerra?

¿Por qué el régimen internacional de principios y normas que rigen las relaciones entre los países -al que se invoca tanto como se incumple- y no la anarquía? ¿Y por qué la democracia y el gobierno limitado, con todas sus imperfecciones y defectos, y no la autocracia, en el ejercicio irrestricto del poder?

Modos de caracterizar el tiempo histórico, de referimos al mundo en el que vivimos, advirtiéndolo sus implicancias y supuestos subyacentes. Formas del lenguaje que suponen una determinada manera de concebir lo político. “*No podemos pretender -escribía Vallespín hace algunos años- que las instituciones y categorías básicas de la política salgan indemnes de esta amplia y profunda reorganización de los sistemas sociales a la que estamos asistiendo*”. Pasó de esta afirmación un cuarto de siglo. Y aquí estamos... Nuevamente con la democracia puesta a prueba y conmovida en sus pilares y fundamentos. Desafiada por dentro y por fuera de las sociedades que en ella encuentran su basamento.

Tras el fin de lo que hemos dado en llamar “la Guerra Fría” llegó a creerse en el mundo occidental que la democracia

liberal se estaba convirtiendo en el sistema universal por antonomasia. Y que ello pondría fin a las guerras. Que el Kant de *La paz perpetua* prevalecería sobre el Hobbes del *Leviatán* y el derecho internacional y la cooperación económica, sobre la anarquía internacional y la prevalencia de la pugnacidad entre los más fuertes.

Hace treinta años era el argumento de Francis Fukuyama, tributario del pensamiento de Hegel, en *El fin de la historia* (1992). Veinte años después, el académico estadounidense John Ikenberry sostenía en *Liberal Leviathan* (2012) que el ascenso de potencias no occidentales como China e India, las normas de soberanía cuestionadas y la profundización de la interdependencia económica y de seguridad eran pruebas de la expansión del orden liberal de posguerra liderado por los EE.UU., antes que de su declinación. Diez años más tarde, en esa línea de análisis, se podía hablar de una “globalización pos-occidental” o “pos-liberal”, traccionada por el ascenso de China y la India, con un Sur global emergente como trasfondo.

Con la segunda presidencia de Donald Trump, como puede advertirse, hoy son los propios EE.UU. los que se muestran refractarios a esos principios liberales sobre los que se edificó el orden internacional de posguerra. Un escenario en el que Hobbes

se toma revancha frente a Kant. Y el Samuel Huntington del “Choque de civilizaciones”, al Fukuyama del “Fin de la historia”.

En la actualidad, advierte John Gray, otro pensador occidental influyente de nuestro tiempo, en su último libro “Los nuevos leviatanes. Reflexiones tras el liberalismo”, *“vemos cada vez más Estados que se han despojado ya de muchas de las cortapisas de la era liberal. De ser una institución que se decía extensora y garante de las libertades, el Estado está pasando a justificarse a sí mismo como simple protector de los seres humanos frente al peligro. Ahora, en vez de salvaguardia contra la tiranía, ofrece protección contra el caos”*.

Tal como lo describiera Hobbes, el estado de naturaleza no es algo que haya quedado relegado a nuestro pasado más remoto, previo al surgimiento de la sociedad, sino que nos acecha constantemente bajo la amenaza de la anarquía social, una situación en la que podemos caer en cualquier lugar y momento. Y el Estado-Leviatán está ahí para recordárnoslo.

La deriva actual -observa Gray- sucede tanto en regímenes autocráticos como Rusia y China, como en las democracias liberales de Occidente: *“El resultado de este proceso ha sido el retorno del estado de naturaleza bajo formas artificiales. Al*

tiempo que prometen seguridad, los nuevos leviatanes fomentan la inseguridad” (...) En el mundo habrá monarquías y repúblicas, naciones e imperios, tiranías y teocracias, así como múltiples regímenes mixtos y zonas sin Estado carentes de todo gobierno. El mundo del futuro será como el del pasado, con regímenes dispares interactuando unos con otros en un contexto de anarquía global”.

Ya está siendo reiteradamente señalado: un mundo sin reglas, dominado por la arbitrariedad de unos pocos países muy poderosos... un verdadero *Dejá vu* que rememora la pesadilla vivida hace cien años, en un planeta hegemonizado por los extremos.

A partir de la invasión rusa a Ucrania (2022) y el regreso de Donald Trump a la Casa Blanca, la fractura del orden internacional se profundiza, y cuatro grandes protagonistas emergen con mayor claridad en escena: Estados Unidos, China, Rusia y la Unión Europea. Cada uno de ellos con sus propios intereses, valores arraigados, un sistema de gobierno particular; cada uno con su visión distinta del mundo que tiende a afirmarse de una manera claramente identitaria.

Cada uno es también el punto de apoyo de un sistema de alianzas, diferente en peso y estructura, pero todas capaces de fortalecer sus respectivas ambiciones globales. No son sólo las cuatro grandes potencias económicas del planeta, sino también las que concentran en sí mismas las mayores tecnologías, la mayor capacidad de crecimiento y la mayor fuerza militar. Y también potenciales “híbridos”, que van desde el ejercicio del soft power- poder blando- hasta la ciberseguridad. Visiones del mundo que expresan -y reflejan- una determinada imaginación geopolítica. Y por eso hablamos también de “civilizaciones” encontradas.

Antonio de Nebrija, en el Prólogo de la Gramática de la Lengua Castellana, 1492: *“Siempre la lengua fue compañera del imperio, y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron, y después junta fue la caída de ambos”*.

Desde allí se puede observar la coexistencia problemática y superposición conflictiva de cuatro o cinco mapamundis en movimiento con sus respectivas narrativas imperiales: el mundo visto desde Washington, prometiendo hacer “América grande de nuevo”, con una visión entre reaccionaria y restauradora, de un Occidente enfrentando “las amenazas de Oriente”; el mundo visto desde Beijing, con una China en el centro del mundo y expansiva,

la nueva Ruta de la Seda marítima y terrestre de alcance planetario; el del mundo visto desde Moscú, la Gran Rusia con sus alianzas, partners, anillos circundantes y zonas de influencia y de fricción; el mundo visto desde Bruselas, y en el caso de la Unión Europea, un conjunto heterogéneo y diverso de naciones y estados y una entidad de contornos y dimensiones variables; y el de lo que -con contornos cambiantes- podemos llamar “el mundo emergente”, comúnmente definido como “el Sur global”, escenarios, actores y territorios, en el que los grandes poderes juegan su juego.

Fue en Crimea donde comenzó la guerra entre Rusia y Ucrania. Fue allí también, en la ciudad de Yalta, donde hace ochenta años, los líderes de las principales potencias aliadas vencedoras de la Segunda Guerra Mundial, Franklin Delano Roosevelt, Winston Churchill y Josip Stalin, definieron la finalización de la contienda y establecieron las bases del orden internacional de posguerra que imperó hasta nuestros días y hoy da visos de agotamiento.

Se arribó a Yalta después de que el mundo atravesara su mayor catástrofe en muertes y destrucción en pocos años. Todavía se combatía en Europa y Asia, y no se habían lanzado las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Ochenta años

después, se vuelve a hablar de una posible tercera guerra mundial y hay otros "tres grandes" -Trump, Xi Jinping y Putin- y acaso algunos más, alegando pretensiones de potestad sobre sus "áreas de influencia".

¿Tendrán estos líderes la capacidad para prevenir situaciones que parecen empujar a repetir aquella tragedia?

¿Llegará la próxima Yalta antes o después de otra catástrofe mundial como aquella de hace ochenta años?

¿Qué lugar le toca a Europa en este contexto? ¿Y cuál a América latina? ¿Acaso a nuestros países toque el destino de los antiguos melios, señalado por Tucídides en las Guerras del Peloponeso, en un mundo en el que *"los fuertes hacen lo que tienen el poder de hacer y los débiles sufren lo que deben"*?

"La más preocupante ahora es que literalmente cualquier escenario es posible. No hemos vivido una situación así desde 1945 -apuntó el primer ministro de Polonia Donald Tusk en una entrevista el 29 de marzo de 2024. Sé que suena devastador, especialmente para las generaciones más jóvenes, pero debemos

mentalizarnos para una nueva era. Estamos en una era prebélica”¹.

Sesenta años atrás, el mundo transitaba por una cornisa semejante. Así lo observaba Erich Fromm en una de sus obras, *¿Podrá sobrevivir el hombre?* (1961):

“La historia del hombre es un cementerio de grandes culturas que llegaron a un final catastrófico en razón de su incapacidad para reaccionar de manera planificada, racional y voluntaria ante el desafío”. Pero, señalaba, a su vez, que el cambio anticipatorio y no violento también ha ocurrido en la historia: “Hoy estamos otra vez ante una de esas elecciones decisivas , en que la diferencia entre la solución violenta y la solución anticipada puede significar la diferencia entre la destrucción y el fértil desarrollo de nuestra civilización”.

Volviendo a Hannah Arendt, y para concluir, *“solo mediante el hablar y el replicar -entre hombres, pueblos, Estados y naciones – surge y se mantiene en la realidad el espacio en el que todo lo demás ocurre. Lo que en lenguaje político se denomina la ruptura de relaciones sacrifica ese espacio, y toda acción con medios de violencia destruye primero este espacio*

1 <https://elpais.com/internacional/2024-03-29/donald-tusk-estamos-en-una-epoca-de-preguerra-no-exagero.html>

'entre' antes de aniquilar a aquellos que viven más allá de él"². De manera que mencionar el riesgo de una desaparición del pensamiento y la capacidad de análisis crítico, evocar las causas de los holocaustos en los que la humanidad se consume, disertar sobre los medios para prevenir la repetición de las locuras históricas, son ya actos que traen consigo la promesa de una humanidad realizada³.

A esa tarea nos debemos. Sin prisas impuestas por los tiempos apremiantes, entre la desorientación y la perplejidad. Pero sin pausas ni desvíos. Como Ulises rumbo a Itaca, aferrados al mástil en medio de la tempestad y los cantos de sirenas que anuncian paraísos o infiernos en la Tierra, futuros venturosos o catástrofes de dimensiones bíblicas, mientras el mundo sigue andando.

Acaso en esto radique la distinción entre las viejas y las nuevas formas del lenguaje político. Aquellas que reflejan el "mundo del ayer" - "servidores de pasado en copa nueva"-y aquellas que nos anticipan, nos previenen y nos permiten anticiparnos al mundo del mañana, para abordarlo con mejores herramientas de comprensión.

2 Hannah Arendt, "La promesa de la política", Paidós, 2016. p216,

3 Nicolás Tenzer, "La sociedad despolitizada. Ensayo sobre los fundamentos de la política", Paidós, 1991.

